

lore. La parte léxica del cuestionario preliminar se divide en los 21 temas siguientes: 1. *El cuerpo humano*; 2. *Vestuario y calzado*; 3. *El pueblo*; 4. *La vivienda*; 5. *La alimentación*; 6. *La familia. Ciclo de vida*; 7. *Instituciones. Vida religiosa*; 8. *Festividades y distracciones*; 9. *El tiempo y el espacio*; 10. *Onomástica*; 11. *El campo y los cultivos*; 12. *Otros vegetales*; 13. *Industrias relacionadas con la agricultura*; 14. *Ganadería*; 15. *Animales domésticos*; 16. *Gusanos, insectos, reptiles y batracios*; 17. *Aves. Mamíferos salvajes. La caza*; 18. *Oficios y profesiones*; 19. *La sal. El oro*; 20. *Embarcaciones. Pesca. Peces*; 21. *Viajes. Comunicaciones*.

El libro termina con un apéndice de seis páginas que contiene ejemplos de romances de Colombia, Bolivia, Argentina y Chile. Como el cuestionario original no estaba destinado a utilizarse en las encuestas sino a publicarse en el *BICC*, no se dejó espacio para las respuestas de ninguna de las preguntas, y, por consiguiente, los investigadores llevaron consigo folletos mimeografiados en los que las preguntas estaban espaciadas.

La experiencia obtenida a lo largo de 30 encuestas mostró la necesidad de simplificar y modificar considerablemente el cuestionario original. Como resultado de ello, el Instituto acaba de publicar el nuevo cuestionario, compacto y de tamaño de bolsillo, en el cual las preguntas han sido reducidas a un número mucho más práctico (1,348) y algunos de los temas referentes al léxico se han combinado o suprimido. Se ha dejado amplio espacio para las anotaciones del encuestador, y la página opuesta ha quedado en blanco para que se puedan hacer en ella las observaciones adicionales de cada caso. Las industrias, reducidas a sólo unas pocas localidades (punto 19 del cuestionario anterior) se han suprimido ahora, así como toda la introducción (con sus descripciones de métodos y criterios, mapas, cuadros de símbolos y bibliografía) y muchas preguntas secundarias sobre el informante y su comunidad. Se ha conseguido así preparar un cuestionario admirablemente sencillo y práctico, bien adaptado a las realidades de la vida en un medio tropical. Aunque los autores prevén que, cuando lleven sus investigaciones a las regiones altas no tropicales, habrá que hacer algunos cambios y adiciones condicionadas, mi opinión es que el presente pequeño volumen será un valiosísimo instrumento para los lexicógrafos en toda el área del Caribe.

PETER BOYD-BOWMAN

Kalamazoo College.

RAIMUNDO LIDA, *Letras hispánicas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1958; 346 pp.

Nacieron estas páginas "bajo muy diversas constelaciones", nos advierte Lida en su prólogo, refiriéndose quizá no sólo a los tres países en que fueron escritas (Argentina, México, Estados Unidos), sino a la variedad de temas y autores en ellas estudiados, al hecho de que, en su origen, iban unas y otras dirigidas a tipos de público distintos. En efecto, encontramos en *Letras hispánicas* estudios "mayores" (sobre Darío, sobre Quevedo, sobre la filosofía del lenguaje de Bergson), breves ensayos sobre cuestiones de poética ("Condición del poeta", "Kierkegaard y la poética actual"),

reseñas que, sobrepasando las limitaciones comunes al género, significan contribuciones importantes al conocimiento de ciertos problemas o de la obra de ciertos autores (“Períodos y generaciones en historia literaria”, “Sobre el estilo de Juan Ramón Jiménez”), e, incluso, homenajes, “actos de devoción” (a Gabriela, a Machado, a Reyes, a Korn). Contra lo que pudiera quizá esperarse, sin embargo —y a pesar de que Lida mismo apunta en el prólogo su temor de que exista una “peligrosa cercanía” entre algunas de estas páginas— el conjunto resulta ser un volumen de una unidad y calidad inusitadas dentro de la crítica literaria de lengua española.

Indiquemos, por lo pronto, que los estudios “mayores” de *Letras hispánicas*, aunque, según palabras del autor, queden quizá todavía “abiertos” a futuras correcciones, nos parecen ya definitivos. Así, por ejemplo, el “Bergson, filósofo del lenguaje” (pp. 45-99), lo más completo y certero que acerca del tema hayamos leído nunca¹. Mucho se ha escrito sobre la crítica negativa del lenguaje común en la obra de Bergson; mucho, por otra parte, sobre su concepto del lenguaje poético como instrumento único de la intuición: guiado por sus seguros conocimientos filosóficos y, en particular, por su conocimiento de los problemas peculiares a la filosofía del lenguaje, parte Lida de los aspectos centrales del pensamiento de Bergson y, según expone con rigurosa claridad la crítica al lenguaje de la inteligencia mecanizada (que es absolutamente necesario en cuanto “instrumento de ordenación categorial”, pp. 68-71) y la teoría del lenguaje de la intuición (que “sirve, hasta cierto punto, para liberarnos de las palabras”, p. 95), demuestra cómo estas dos facetas del pensamiento del filósofo francés no se niegan mutuamente, sino que se complementan como las dos caras de una misma verdad ontológica. En la filosofía de Bergson “la intuición no contradice a la verdadera inteligencia; es, por el contrario, su núcleo viviente y activo. Lejos de alzarse en son de guerra contra un sano intelectualismo, esa filosofía es una constante invitación a renovarlo y ahondarlo” (p. 99). No es todavía posible pensar sobre cuestiones de poética y de lengua sin tomar en cuenta la contribución de Bergson, decisiva en nuestro tiempo, aunque hoy entendamos, quizá, que esa contribución plantea más problemas de los que se pudo creer que resolvía; grave omisión sería pretender acercarse al planteamiento de Bergson sin tomar en cuenta este estudio de Lida que, por su precisión y hondura, es ahora más imprescindible que nunca.

Imprescindible es ya, también, el estudio sobre los cuentos de Darío (pp. 200-260) que ahora nos ofrece Lida con no pocas ampliaciones². Tanto por los análisis de los cuentos mismos, como por lo que aquí nos dice Lida sobre Darío en general, sobre algunas cuestiones capitales de poética de fin de siglo, o sobre el modernismo, cualquier estudio futuro de la prosa o del verso de Darío (o del modernismo, o de la prosa hispánica moderna: Valle Inclán, por ejemplo) exigirá el detenido estudio de estas

¹ Apareció este estudio por primera vez en *Nosotros*, Buenos Aires, 1933. Está ahora transformado: muy aumentado y puesto al corriente, por ejemplo, en lo que se refiere a teorías del lenguaje contemporáneas.

² La versión anterior de este estudio apareció como prólogo a los *Cuentos completos* de Rubén Darío, México, 1950.

páginas en las que nada esencial parece haber escapado a la mirada del crítico.

Igual importancia tienen los cinco artículos dedicados a Quevedo (pp. 103-162). Cuatro de ellos siguen fielmente lo que Lida llama "reglas del juego académico"³; el quinto —el primero, en rigor—, "Cartas de Quevedo", es versión nueva de una conferencia: más vibrantes tal vez sus páginas que las de los otros artículos, más "habladas", sin duda, sus palabras; pero en los cinco estudios lo dominante es el profundo conocimiento que tiene Lida de la obra de Quevedo, la inteligente pasión que, brotada de ese conocimiento, le lleva a ver en cualquier detalle de la vida y la obra de don Francisco —en una falsa atribución literaria, en una frase sobre la torre de Juan Abad, en aquella peculiar manera que tuvo Quevedo de entender el humanismo— lo más significativo de su pensamiento y del sentido que tiene su presencia en la España del siglo xvii.

Distinto, en cierto modo, es el valor de los otros trabajos. En los ceñidos ensayos, en los homenajes y en las reseñas que han venido aquí a juntarse, debemos atender en especial, más que a lo "definitivo" de las interpretaciones, a la forma segura en que Lida, con rápido trazo, con la palabra justa, apunta a lo esencial de la calidad humana de un autor o del significado de una obra: preocupación ética de Gabriela Mistral; universalismo de Alfonso Reyes; ironía, dignidad e inteligencia de Antonio Machado; tensión agónica que desgarró a Kierkegaard cuando se enfrenta con el fenómeno artístico... Pero incluso en estos trabajos más breves debemos entender que en cada frase con que Lida resume una idea o un momento histórico, en cada palabra con que subraya un problema que el lector debe pensar a fondo, esconde más sabiduría de la que gusta mostrar: como los estudios "mayores", pues, estas páginas —concentrados productos de mucha meditación; algunas, sin duda, esquemas para futuros trabajos— son indispensables para quien pretenda acercarse de manera crítica a Gabriela, a Juan Ramón, a Borges, o a Alfonso Reyes. Por otra parte, al igual que en los estudios mayores, no es una de las menores delicias de estos ensayos la atención que presta Lida al detalle fecundo, esos momentos en que, como quien abre un paréntesis —pero apuntando siempre, en rigor, a la poesía— nos llama la atención sobre la persistencia de un tema romántico en el simbolismo, sobre algún aspecto de la poesía satírica árabe, sobre el error básico del concepto biológico de la Historia, sobre cómo los autores predilectos de un poeta pueden ser escritores de quinta categoría, sobre la forma superficial en que se ha interpretado la influencia de Bergson en Proust, etcétera.

Bajo diversas constelaciones, en efecto, nacieron estas páginas, y hemos querido aquí, brevemente, dar idea de ello. Pero la "peligrosa cercanía" en que Lida cree encontrarlas en este volumen es, en verdad, natural compañía. Ante todo —y de esto hablamos más adelante— porque la intención que rige cada uno de estos estudios es siempre igual a sí misma en la voluntad de conocimiento y de precisión, pero, también, porque a lo largo de todo el libro dominan ciertas preocupaciones insistentes,

³ "Quevedo y la *Introducción a la vida devota*"; "*La España defendida* y la síntesis pagano-cristiana"; "Cómo ha de ser el privado: de la comedia de Quevedo a su *Política de Dios*"; "De Quevedo, Lipsio y los Escalígeros".

una visión central de la vida y la literatura en la que todo parece originarse. Diversos autores y problemas, diversos auditorios —o, más bien, diversos momentos de un mismo auditorio—, pero un número limitado de temas o preocupaciones fundamentales en los que se hace evidente que nada en la obra de Raimundo Lida es producto de las puras circunstancias. Quizá sea el más importante de estos temas el que anuncia el título del primero de los ensayos: “Condición del poeta”. La voluntad de aclarar las relaciones entre realidad y lenguaje, la preocupación por descubrir —en una idea de Bergson, en una imagen de Darío— algunos de los fundamentos del quehacer literario, he aquí lo que mueve a Lida en cada una de las páginas de este volumen. De un mismo interés por el fenómeno de la creación poética, de un mismo asombro ante las posibilidades de la palabra, nacen el elogio a Machado (característicamente titulado “Elogio a Mairena”: personaje que adquiere realidad en la palabra), el entusiasmo por Juan Ramón, el análisis detallado de las formas de la maestría en Rubén, la profunda comprensión del pensamiento de Bergson y las breves, exactas páginas sobre el rechazo de la poesía en Kierkegaard.

Íntimamente relacionado con este tema, recorre el libro, de manera soterrada, el afán por aclarar la relación que pueda existir entre la obra literaria y su valoración moral. Es aquí Quevedo, tal vez, la figura central del libro (aunque difícil sería precisar hasta qué punto gravitan sobre su imagen las de Platón, Kierkegaard y Unamuno); el Quevedo en quien obra literaria y vida, arte y doctrina moral unas veces se complementan (o son la misma cosa) y otras chocan violentamente. Es el Quevedo de Lida el hombre que se siente responsable ante el mundo de sus ideas y sus pasiones (y las defendería no sólo en el libro, sino en el mundo) y que quiere hacer a España consciente y responsable de sus actos. Pero es también el hombre que, empujado por una terrible pasión dogmática, ataca tendenciosamente, niega lo que quizá sospecha puede ser verdadero, y afirma —a veces— lo que sabe falso. Y es también el escritor capaz de volverse contra sí mismo por razones extrapoéticas. Espíritu que se desgarró en manos de la moral, del patriotismo, del dogma, del humanismo y del arte.

Pero no sólo en los artículos sobre Quevedo nos obliga Lida a volver a pensar en las diversas relaciones que pueden existir entre la palabra y la vida: su recuerdo, por ejemplo, de la obra y la persona de Henríquez Ureña es, en última instancia, un “acto de devoción” al alto sentido moral del gran crítico; sentido moral que se refleja en la voluntad inflexible de Henríquez Ureña de someter la palabra a la verdad; en el concepto que tenía de su labor como maestro y como escritor responsable. La misma idea —vivida por Lida en intensa comunión con hombres de hoy o con obras literarias— se desprende, nítida, de las páginas dedicadas al recuerdo de Alejandro Korn. Porque, parece decirnos Lida una y otra vez, la última forma de ser moral el hombre radica en las exigencias que tenga para su propia obra, para con la forma de actividad que le ha deparado la vida. De ahí que veamos surgir en este libro un Darío cuya “condición de poeta” consistió en ser altamente responsable de sus actos poéticos; de ahí el elogio a Mairena, personaje ideal en cuya voz el poeta se esforzó por aclarar —en prosa— su manera de estar en el mundo. *Con-*

dición del poeta, función y deber del poeta: los de hacerse responsable de cada palabra suya escrita. Pero, ¿responsable de cada palabra en cuanto "literatura", o responsable de los significados públicos que la sociedad quiera exigirle a su capacidad creadora? Condición del poeta en la que va implícito un espinoso problema moral y estético; condición que lleva al artista a verse tantas veces rechazado, negado, por los otros hombres o, más a menudo, por las instituciones, que sólo ven en su obra un juego mediante el cual trata el autor de librarse de las responsabilidades históricas o sociales. En una larga tradición que llega, por lo menos, desde Platón hasta nuestros días, lo que preocupa a Lida y parece guiarle en no pocos momentos de sus investigaciones, es esta doble y contradictoria interpretación de la función y condición del poeta; el conflicto, tantas veces sólo aparente, que puede existir entre la valoración estética y la valoración moral de la obra de arte. Fructífero puede resultar aquí el pensar, por ejemplo, sobre lo que Lida dice de Machado o de Gabriela y lo que *no* dice de Darío. Entre estos dos polos fluye la corriente más intensa de su libro.

Un tercer tema de *Letras hispánicas* —insistente también, pero, como los otros dos, soterrado— es el de la universalidad del verdadero humanista; universalidad que Lida subraya al hablar de Quevedo, de Juan Ramón, de Alfonso Reyes, de Borges. Esta preocupación de Lida —en la que, sospechamos, le va su ser de hispanoamericano— nos explica por qué, junto a escritores españoles, argentinos o mexicanos, toman su lugar natural Bergson, Kierkegaard, Platón, Plutarco. Porque estos autores son parte real de nuestra cultura, gravitan sobre el pensamiento del crítico que busca en la poesía con actitud de humanista. El grupo de amigos del Instituto de Filología de Buenos Aires —escuela, en verdad, de historiadores y críticos— que, con Amado Alonso y Henríquez Ureña, enseñó al lector culto y crítico a mirar con igual interés a lo español que a lo hispanoamericano, a la tradición clásica que al mundo moderno, con igual pasión a la lingüística que a la crítica literaria o a la teoría poética, encuentra, también aquí, lo mejor de su espíritu en Raimundo Lida.

Pero, para nuestro gusto, aun siendo de tan alta calidad cada uno de los estudios que Lida nos ofrece y tan fundamentales las preocupaciones a que todos ellos nos llevan, la mayor importancia del libro radica en el hecho de que, con gran sutileza y penetración, cada una de sus páginas *nos obliga* a enfrentarnos a esas preocupaciones y a intentar "ver más claro" en ellas, porque Lida mismo no olvida que cada palabra que escribe encierra en sí todo el misterio y la evidencia de la creación y el conocimiento. Así, más allá de las excelencias de cada estudio, en el fondo de la insistencia temática —palabra y vida: condición del poeta—, entendemos que este libro de Lida es el producto de un asedio constante y lúcido a las múltiples formas de la realidad literaria, llevado a cabo desde puntos de vista y situaciones vitales diversos por un crítico que encuentra el sentido de su responsabilidad en el amor a la palabra y en la pasión por aclarar su misterio. De ahí la profundidad que se refleja en los "temas" que hemos comentado; de ahí la infatigable voluntad de precisión, el cuidado que pone Lida en subrayar lo valioso de una obra estudiada, la manera que tiene de esconder su sabiduría para llevar la atención del lector a donde debe dirigirse exclusivamente: a la creación poética que

le ha atraído. De ahí, también, las excelencias del estilo de Lida, de esa prosa ceñida, desnuda; vibrante retórica que nace del amor a lo justo. No es costumbre referirse, ni siquiera de pasada, al estilo de un crítico; pero es que en el caso de Lida su estilo es su profundidad, la dignidad, el rigor entusiasta con que se entrega a su particular quehacer. Los más de los estudios críticos suelen interesarnos por lo que nos informan; éste de Lida, además, por lo que nos enseña sobre la función, la responsabilidad del crítico. Y es que estamos ante un libro de maestro en el que si se nos habla con inusitada profundidad de Bergson, o de Quevedo, o de Darío, y si se investiga, en última instancia, la "condición del poeta", la actitud de Lida —su estilo— desarrolla página a página una lección sobre la condición del crítico. Libro de humanista que ha asimilado lo mejor de una tradición que, luchando en el mundo hispánico contra la corriente, se esfuerza siempre por ver más y mejor, suponiendo igual voluntad en su público al que, en este alto sentido —responsabilidad del escritor, responsabilidad del lector— se trata sin concesiones.

En estos días en que toda ciencia se pregunta por sus principios y sus métodos, está también de moda preguntarse por los métodos posibles de la crítica literaria; no encontraremos en *Letras hispánicas* ni una frase sobre el asunto; y es que al buen lector, al lector que, "bajo diversas constelaciones", se acerca siempre con igual fervor a la obra literaria, le bastará con el ejemplo.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

Ohio State University.

ELIAS L. RIVERS, *Francisco de Aldana, el divino capitán*. Institución de Servicios Culturales de la Diputación Provincial, Badajoz, 1955; 208 pp.

Este libro es una versión, revisada y puesta al día, de la tesis doctoral del autor, *The life and works of Francisco de Aldana*, presentada a la Universidad de Yale en 1952. El profesor Rivers, que ya venía haciéndose un hueco entre los hispanistas norteamericanos, logra con este volumen una situación muy destacada.

Durante los últimos años, la crítica ha venido deteniéndose sobre los poetas que pudiéramos llamar olvidados en el panorama del petrarquismo español. De ellos, han sido Aldana y Medrano los más cariñosamente exhumados, actualizados. Medrano con el estudio de Dámaso Alonso (Madrid, 1948) y Aldana con el que ahora nos ocupa. Con anterioridad, y en lo que a Aldana se refiere, se había publicado el valioso estudio de A. Rodríguez Moñino, guía inexcusable para el tema¹. Instalado en tan sólido camino, Rivers nos da una detenida y veraz exposición biográfica del poeta, basándose en documentos hasta ahora inéditos, fruto de sus pesquisas en el Archivo Nacional de Simancas, ayudándose, en ocasiones, con lo ya conocido —que es recogido y criticado escrupulosamente—, y, cuando ha sido posible, auxiliándose con los textos poéticos del propio Aldana. Rivers no considera inapelable fuente de conocimiento histórico

¹ "Francisco de Aldana (1537-1578)", *Castilla*, 2, pp. 57-137. (Universidad de Valladolid, cursos 1941-1943, con abundante y excelente bibliografía).